

milagros, los estragos del arrianismo en Italia, y especialmente en la iglesia de Milan, pedían un pastor poderoso no menos en obras que en palabras. Mucho tiempo había que la dirigía un herege tanto más peligroso, cuanto más aparentaba parecer ortodoxo. Ausencio había engañado al emperador Valentiniano, jurando con escandaloso descaro que su doctrina era la misma que la de Nicea; y la indolencia de este príncipe en las cosas de la Religión le habían hecho creer al impostor sobre su palabra, á pesar de la contradicción que había entre sus hechos y sus dichos, y á pesar también de las reclamaciones de los Concilios. De esta manera se había mantenido aquel diestro seductor, durante veinte años, en la posesión de una de las sillas más importantes de la Iglesia; pero al fin murió, dejándolo todo en el más espantoso desorden. Vejados por espacio de tanto tiempo los ortodoxos, no podían ya sufrir la opresión, y los sectarios no querían ceder cosa alguna de su poder tiránico, de modo que todos los ánimos se encontraban en la fermentación más violenta, y había riesgo próximo de sedición y de los más aciagos sucesos. Tenía no obstante la provincia un excelente gobernador, al cual se asegura que el prefecto de Italia, al conferirle el gobierno, le habló de esta manera: «Id, Ambrosio, y obrad más bien como obispo que como juez.» Cuando la sedición se hallaba muy próxima á estallar, corrió Ambrosio á la iglesia para calmar al pueblo, y le exhortó con una elocuencia tierna y penetrante á la unión y moderación, tan necesarias para hacer la importante elección de un buen pastor. Al instante toda la multitud, así los arrianos como los católicos, le pidieron unánimemente por obispo. Dicese que un niño fué el primero que gritó tres veces ¡Ambrosio obispo! y que tomando los concurrentes la voz de la ino-

ciencia por órgano del cielo, repitieron muchas veces y durante mucho tiempo: ¡Ambrosio obispo, Ambrosio obispo! sin consentir que se les hablase de otro para esta dignidad.

No podía ser elegido, atendidas las disposiciones ordinarias de los Cánones, por razón de que no era más que catecúmeno; pero la voz pública acompañada de unas circunstancias tan extraordinarias pareció una señal nada equívoca de la elección del cielo. Escribióse al instante al emperador, que se hallaba en Tréveris, para obtener su permiso, que parecía necesario por motivo del gobierno de que Ambrosio estaba investido; pero éste, muy contristado de lo que pasaba, se valió de todos los medios posibles para no obtener la dignidad santa que le hacía temblar. En las funciones seculares que continuó ejerciendo, afectó una severidad estremada para hacerse aborrecible, y aplicó públicamente á la tortura algunos acusados. Poco ilustrada aun su humildad, llegó hasta introducir en su casa mugeres desacreditadas para deslumbrar y dar una mala idea de sus costumbres.

Era tal el temor que del peso del episcopado se tenía entonces en la Iglesia, que un Concilio celebrado este mismo año de 574, en Viena de las Galias, se creyó obligado á reprimir esta humildad excesiva de los clérigos que se desacreditaban á sí mismos para sustraerse á las dignidades eclesiásticas. Se dispuso que los que se acusaran de algún crimen mortal no fueran promovidos á estas dignidades, porque si no eran culpables efectivamente de los crímenes que ellos confesaran, lo serían al menos de haber mentado para pasar por culpables. Respecto á Ambrosio se conocieron fácilmente sus miras, y á todo cuanto alegaba contra sí, solo contestaba el pueblo gritando: «Insistimos en la elección de Ambrosio y tomamos sobre nosotros su pecado.»

Quiso huir, y en efecto salió de la ciudad durante la noche, pensando ir á Pavia: mas á la mañana siguiente, creyendo hallarse muy lejos de Milan se halló á la puerta de esta ciudad, donde habiéndole reconocido el pueblo, le puso guardias para lo sucesivo. Huyó no obstante otra vez, y estuvo oculto en la casa de campo de su amigo Leoncio hasta el momento en que se recibió la respuesta del emperador Valentiniano, li-songeado de ver elegir los pastores de la Iglesia de entre los oficiales que establecía sobre los pueblos, quiso que al momento se ordenase á Ambrosio, encargando al vicario de Italia que cumplierse sus deseos. Así pues, se publicó una orden decisiva con graves penas para descubrir á Ambrosio en cualquiera parte donde estuviese, de suerte que Leoncio creyó que no podía menos de obedecer. Fué pues llevado su amigo, que se deshacía en lágrimas; pero que, eso no obstante, se sometió, temiendo que una resistencia más larga fuese una rebeldía contra la voluntad de Dios.

Quiso ser bautizado por un ministro católico, y ocho días después ordenado obispo en el año 574; y para conformarse en lo posible á las reglas eclesiásticas, ejerció en este corto intervalo las diversas funciones de los órdenes inferiores. Un día de alegría pública fué el de su ordenación; 7 de diciembre, según se cree, y así los prelados de Oriente como los de Occidente dieron al Señor las más rendidas gracias cuando supieron el singular cuidado de la providencia sobre una iglesia tan considerable. Ambrosio podía tener treinta y cuatro años, y no tardó en dar á conocer lo que de él podía esperarse. Todo el dinero que tenía lo repartió á los pobres sin reservar para sí cosa alguna, é hizo donación de todas sus tierras á su iglesia, reservando solo el usufructo á su hermana Marcelina, virgen consagrada por manos de Liberio, y que con

su religiosa conducta edificaba á toda la ciudad de Roma donde vivía. Respecto á su hermano Sátiro que había venido á reunirse con él en Milan, le confió el nuevo obispo el cuidado del gobierno de su casa para poderse dedicar enteramente á las funciones espirituales.

Poco tuvo que variar en su conducta para hacerla episcopal; pero como hasta entonces solo se había ocupado en adquirir los conocimientos pertenecientes á su primer género de vida, consagró al estudio de las ciencias eclesiásticas las horas que robaba á los negocios menos importantes, y aún mucho más al reposo de la noche. Convencido de que ni la piedad ni la dignidad dispensan jamás de ser sabio, y que los labios del obispo mucho más que los del sacerdote son los depositarios de la doctrina, meditaba de continuo las divinas Escrituras, y buscaba infatigablemente su inteligencia en la tradición y en multitud de intérpretes. Quiso conocer todos los autores eclesiásticos de alguna nota, tanto modernos como antiguos; y si le agradaban las interpretaciones de Orígenes, á las que acudía principalmente y de donde en efecto salían vivas luces, contra la costumbre de los sabios, poco inclinados á sus contemporáneos, mostraba una estimación singular á los escritos de San Basilio; y así por su perseverancia en estudiar estos grandes modelos, como por la exactitud y amenidad de su propio ingenio, adquirió pronto una elocuencia noble, sabia, persuasiva, vehemente á veces, y siempre revestida de una dicción tan dulce y tan elegante como propia y natural. Así se formaba entre las cuatro más brillantes lumbreras de la iglesia de Occidente, la que el Señor había elegido para disipar en Italia las tinieblas del arrianismo.

La parte que tuvo Valentiniano en la elección de Ambrosio fué la más bella y la postrer obra de este emperador en favor de

la Religión, pues falleció á últimos del año siguiente, á los cincuenta y cinco de su edad, despues de haber reinado cerca de doce años. Habia sido siempre muy propenso á la ira, y se dice que un vehemente acceso de esta pasión, de la que se dejó llevar en una audiencia que dió á los embajadores de los cuados que acababan de asolar las fronteras del imperio, le quebró una vena, y le hizo espirar el mismo dia, que fué el 17 de noviembre de 375. El valor y la prudencia, una actividad infatigable contra los bárbaros resueltos á inundar todas las provincias, el amor del bien público, y la elección de ministros capaces de procurarle, todas estas cualidades verdaderamente imperiales aseguran á Valentiniano un lugar distinguido entre los emperadores; pero su poco celo por la Religión, y su inflexible severidad, tan parecida á la crueldad como lejana del espíritu del cristianismo, le atrajeron la censura de los políticos y de los cristianos.

Asi que murió este emperador, y para evitar las conmociones, reconocieron por tal los principales oficiales á su hijo Valentiniano, que aun no tenia mas de cuatro años. No aguardaron el consentimiento de Graciano, su primogénito, que habia quedado en Tréveris, y que habia sido declarado Augusto en el año 367; pero este príncipe, de edad de diez y seis años cuando espiró su padre, y de una bondad de carácter casi sin ejemplo, lejos de desaprobare una disposición que otros muchos hubieran mirado como un ultrage, trató siempre á su hermano, aunque nacido de otro matrimonio, como si fuera su mismo hijo. Hallóse asi dividido de nuevo el imperio, como al tiempo de la muerte de Constantino el grande, no tomando para sí Graciano mas que la España, las islas Británicas y las Galias, regiones fronterizas y las mas espuestas á los bárbaros; pero mientras vivió gobernó

el Occidente en general, de manera que las leyes publicadas en toda su estension hasta la muerte de Valente, se hallan sin escepcion alguna fechadas en Tréveris ó en Maguncia, lugares ordinarios de su residencia.

Son notables dos leyes entre las mas favorables á la Iglesia. En la primera se renuevan las prohibiciones hechas á los hereges, de tener asambleas, con confiscación de los lugares donde hubiesen establecido altares. Por la segunda, que es relativa á los juicios eclesiásticos, y que atestigua las costumbres respetables de la antigüedad en que nos hemos conservado, establece que las causas menos interesantes en materia de Religión serán juzgadas por el obispo y su clero, ó por el concurso del metropolitano y de sus sufragáneos en el Concilio de la provincia, y que los negocios graves lo serán con mas solemnidad por los jueces ordinarios y extraordinarios, esto es, por los obispos de un gran distrito que comprenda muchas provincias bajo un primado ó patriarca: las causas criminales quedan reservadas por la misma ley á los jueces legos. Tal fué únicamente en estas ordenanzas el objeto de un príncipe que no se arrogaba la potestad directa de hacer estatutos en materia puramente eclesiástica, sino el de procurar la ejecución de los reglamentos de esta naturaleza. Hace mucho honor á la religiosidad de Graciano el haber sido el primer emperador cristiano que rehusó la investidura de sumo pontífice cuando los paganos se la presentaron segun costumbre.

De muy diferente manera usaba Valente en el Oriente de su autoridad, en especial despues que se hallaba en plena libertad por el fallecimiento del emperador su hermano. Viendo que los solitarios eran los mas firmes apoyos de la doctrina católica, mandó por una ley espresa se les forzase á llevar las armas, y al punto se esparcieron

por las soledades de Egipto muchos soldados para obligar á los santos habitantes del desierto á esta especie de apostasia. Esta vejacion se estendió á los solitarios de las otras provincias, en especial á los de Siria, á quienes el horror y espanto dispersaron por todas partes: despues de lo cual fueron incendiadas sus celdillas con todas sus pequeñas manufacturas, cuyo producto era solo para alivio de los pobres. Asi este príncipe obstinado y perseguidor colmaba la medida y apresuraba el castigo de sus crímenes. Mas los bárbaros, escogidos para servir de instrumento á la venganza divina contra su seductor, debian ser seducidos antes de que esa venganza se ejecutase. Entre los diversos pueblos que de los confines occidentales del Norte habian venido sobre las fronteras del imperio, comprendidos sin distincion bajo el nombre de godos, los llamados tervingios eran ya cristianos en muy crecido número, y veneraban en extremo á su obispo Ulfilas. Perseguidos por los hunnos, que habian salido furiosos de las lagunas Meótidas, donde por algun tiempo se les habia tenido sujetos, le enviaron á Valente para obtener licencia de pasar el Danubio y establecerse en Tracia, con la condicion de servir en los ejércitos romanos. No estuvo Ulfilas mucho tiempo en Constantinopla sin advertir que todo el crédito se hallaba en manos de los arrianos, y ya sea por interés personal, ya por un amor ciego de su nacion, ó ya por olvido de los principios de la fé y por una seducción verdadera (porque es muy difícil encontrar motivo suficiente de la horrible determinación de un hombre consagrado á las funciones apostólicas), prometió hacer abrazar las opiniones de Arrio á su pueblo que le creía sobre su palabra y le escuchaba como un oráculo. Él fué quien habia traducido en lengua gótica toda la Biblia, cuyos Evange-

lios, que aun se conservan, asi como una parte de la Epístola á los romanos, son un monumento curioso del estado en que se encontraba entonces el idioma en las naciones germánicas. Un hombre de una capacidad tan extraordinaria para unos pueblos enteramente guerreros y todavia salvajes, les persuadió muy pronto de todo cuanto quiso; y por el comercio que los godos tenían con los demas bárbaros, los inficionaron á casi todos del veneno del arrianismo, y de esta manera habiéndolos pervertido Valente, fué el primer autor de la perversion de todas estas infelices naciones.

Sin embargo, bien pronto se malquistó con sus propios prosélitos. A su llegada á Tracia habian sido mal acogidos y los oficiales romanos les vendian los víveres á un precio exorbitante, lo cual redujo un gran número á perecer de hambre, y á todos los llenó de desesperación; de suerte, que se sublevaron juntos y atacaron á las tropas romanas que eran poco numerosas. Recibió Valente esta nueva en Siria, donde se preparaba para contener á los persas; pero le fué preciso acudir pronto á la Tracia y ajustó precipitadamente la paz con el rey Sapor. Prevaleciendo ademas la política sobre el celo herético, y no queriendo dejar descontentos en una frontera de donde se veía obligado á alejarse, hizo cesar la persecucion en Oriente, alzó el destierro á los sacerdotes y obispos, puso en libertad á los solitarios sentenciados á las minas, y restituyó la paz á los ortodoxos, á lo menos en las ciudades de primer orden, particularmente en Alejandria. Pedro, discípulo y sucesor de San Atanasio, y que habia buscado un asilo en Roma como su ilustre predecesor, volvió con cartas del Papa Damaso que confirmaban su elección. Todos los corazones eran suyos; volviéronse las iglesias, y fué arrojado el usurpador Lucio, que marchó á pedir venganza á la corte;

pero esta tenia entonces otros cuidados. Acababan de ser derrotadas por el prodigioso número de los enemigos las tropas que á las órdenes del conde Trajano habia enviado delante contra los godos el emperador, que hacia poco habia llegado á Constantinopla. Quitó el mando á este valeroso y digno general, llenándole de injurias y aun tratándole de cobarde; pero Trajano, católico virtuoso y de una fé tan viva como pura, le contestó con valor: «no soy yo, señor, el que perdí la victoria, que era humanamente imposible, sino vos que la procurasteis á nuestros enemigos, volviendo hácia ellos el auxilio del Todopoderoso, irritado por la esclavitud de sus verdaderos adoradores (1).» Apoyaron este discurso con firmeza los generales Arinteo y Victor, igualmente religiosos y grandes guerreros; mas el príncipe, que nunca habia tenido tanta necesidad de ellos, tomó el partido de disimular. Reunió, pues, todas sus tropas, y á la cabeza de ellas salió de Constantinopla el 14 de junio de 378.

Al paso por el camino que llevaba el emperador estaba la celda de un solitario célebre por su santidad y milagros. Isaac, que así se llamaba este santo hombre, viéndole pasar le gritó: «¿A dónde vais, señor, despues de haber hecho la guerra al Hijo de Dios é inflamado su venganza? Él es el que ha suscitado contra vos á los bárbaros; reparad las injurias que habeis hecho á su gloria, pues de otra manera vais á perecer con vuestro ejército.» Yo volveré, respondió friamente el emperador, á confundir tu profecía, y hacerte padecer la muerte debida á tus imposturas. — Al instante mandó que se tuviese encarcelado al solitario hasta su regreso. Enhorabuena, dijo Isaac levantando mas la voz; quitadme la

(1) Theod. lib. 4, c. 33.

vida si el suceso me conviene de menzura (1). Avanzó Valente hasta cerca de Andrinópolis, no lejos de Nicea en Tracia, lugar desgraciado y célebre por el simbolo que los arrianos habian hecho firmar allí á los diputados del Concilio de Rimini (2); trabóse el combate el dia 9 de agosto, en el que perecieron las dos terceras partes de las tropas de los romanos, y murió tambien el mismo emperador (a). No pudo hallarse su cuerpo: mas se tuvo por cierto que habiéndolo sido herido de una flecha, le llevaron á una cabaña algo distante, á la cual pusieron fuego los enemigos, sin saber que se hallaba allí Valente. Solo escapó de este asilo funesto uno de sus guardias saltando por una ventana, y fué quien refirió esta triste

(1) Sozom. hist. lib. 6, cap. 40.
 (2) Ib. c. ult.
 (a) El 9 de agosto del año 378, en que se dió esta sangrienta acción, fué para los romanos el dia más funesto despues de la batalla de Canas. Al principio consiguieron los bárbaros algunas ventajas sobre el ejército del general Trajano; mas destituido este por Valente á causa de su generosa confesion, y puesto en su lugar aquel conde Sebastian que tantas vejaciones hizo padecer á los católicos de Alejandria, fueron batidos los godos en algunos encuentros parciales. Estas pérdidas impelieron á su jefe á pedir por dos veces la paz, no precisamente con ánimo de ajustarla sino con el de ir dando treguas y tomarse tiempo para que llegasen los refuerzos que habia pedido á los suyos que habitaban de la otra parte del Danubio. El emperador reunió su consejo, pero este no pudo ponerse acorde mas que en pedir á Graciano un ejército auxiliar. Luego que hubo llegado éste no dudaron presentar la batalla á los godos. Llenos estos de valor y desesperados acometieron á los romanos al amanecer de aquel dia memorable. A poco de comenzada la acción se dejaron ver sobre las montañas los refuerzos de los godos, alanos, hunos, y otros pueblos del Norte que á manera de caudales rio se precipitaron sobre las legiones imperiales, é hicieron en ellas el más horrible destrozo. Pefeóse con encarnizamiento sin igual por una y otra parte hasta despues de entrada la noche. Aquel Trajano tan injuriado por Valente, se presentó en lo más terrible de la batalla, y con su pequeña compañía sostuvo la gloria del imperio, hasta que al fin cayó aseteado; tal es el valor heroico de un militar verdaderamente cristiano! Por último, deshechos por todas partes los romanos, hubieron de aquel campo de horror; y una flecha disparada al acaso por los bárbaros que les perseguian, hirió á Valente, el que se vió precisado á guarecerse en la casa de campo donde fué quemado vivo, terminando así aquella sangrienta jornada. Sozom. lib. 6 hist. cap. ult. (N. del E.)

noticias. Así murió á la edad de poco menos de cincuenta años el tirano de los adoradores del Hijo de Dios, y el último apoyo de la impiedad arriana entre las naciones cultas. Despues de este castigo ejemplar, cayó gravoso á ninguna otra persona si es que fuera posible incomodarse á sus sucesores. En su vida era de una indulgencia increíble, y su gobierno como el de los pastores, tan poco costoso como el de los reyes. Salía pocas veces, y jamás á visitas indelicadas, ni por diversion ó curiosidad, y esto en sus ciudades que era la maravilla de ellas; donde habia escuelas y monumentos estruendosos para los estudiantes de las artes y de las letras. En su vida resultó en sus iglesias, donde habia obrador oculta con cuidado la causa de esta ruina por medio de la religión.

LIBRO DÉCIMO.

Desde la caída del arrianismo en el año 378, hasta la muerte de Teodosio en el de 395.

Si la impiedad halla á menudo protectores entre los potentados del mundo, tambien la Providencia proporciona de entre ellos á la verdadera Religión solidos sostenedores y defensores celosos. Valente habia trastornado completamente la iglesia de Oriente; pero pronto veremos restablecida en ella la paz por un emperador que, á la bondad y reclusión del gran Constantino, reunia ser mas difícil de seducir, y mayor discernimiento, ó por lo menos mas consecuente y eficaz. Este fué el gran Teodosio, que destinado á purgar la sociedad cristiana de la amalgama de los idólatras y á curarla del contagio de las heregias no menos impías, necesitaba de cualidades superiores, ó mejor sostenidas, que el primer libertador de la Iglesia, encargado únicamente, por decirlo así, del bosquejo de esta grande obra. El Señor, en sus designios de misericordia, dió primeramente este príncipe segun su corazon al Oriente, donde el mal era mayor, y despues le confirió el gobierno de todo el mundo cristiano.

en tal descrédito la heregia, que podia mirarse como arruinada en el imperio; y pronto se hubiera aniquilado del todo sin el deplorable resultado de la seducción entre los bárbaros. En su vida era de una indulgencia increíble, y su gobierno como el de los pastores, tan poco costoso como el de los reyes. Salía pocas veces, y jamás á visitas indelicadas, ni por diversion ó curiosidad, y esto en sus ciudades que era la maravilla de ellas; donde habia escuelas y monumentos estruendosos para los estudiantes de las artes y de las letras. En su vida resultó en sus iglesias, donde habia obrador oculta con cuidado la causa de esta ruina por medio de la religión.

Hallábase á la sazón en el estado mas lamentable la iglesia de Constantinopla, despues de cuarenta años que los arrianos dominaban en ella bajo de dos emperadores hereges que se habian sucedido el uno al otro casi sin interrupcion. Talaban el redil del buen Pastor una infinidad de seclarios, y el corto número de las ovejas fieles no tenian entonces quien las sirviese de guia. Ninguno ciertamente era mas propio para recoger ó reanimar las ovejas desoladas de la dispersion que el sublime y profundo doctor Gregorio Nacianceno. Su espermentada virtud, así como su doctrina y su elocuencia, le habian grangeado la mas alta reputacion. Era obispo, pero sin diócesis, y vivia retirado en Seleucia cerca de los castos despojos de la primera de las mártires Santa Tecla, á la cual tenia una devocion particular. Los católicos de la ciudad imperial mostraron un vivo deseo de ponerse bajo de su direccion, y los obispos celosos aprobaron este deseo; pero Gregorio no podia resolverse á dejar las mudas